

que á una niña no le es lícito decir con ingenuidad lo que siente. Mal parecería, señor don Diego, que una doncella de vergüenza y criada como Dios manda, se atreviese á decirle á un hombre: yo le quiero á usted.

DON DIEGO.

Bien, si fuese un hombre á quien hallára por casualidad en la calle y le espetára ese favor de buenas á primeras, cierto que la doncella haría muy mal; pero á un hombre con quien ha de casarse dentro de pocos días ya pudiera decirle alguna cosa que... Además que hay ciertos modos de explicarse...

DOÑA IRENE.

Conmigo usa de más franqueza. A cada instante hablamos de usted, y en todo manifiesta el particular cariño que á usted tiene... ¡ Con qué juicio hablaba ayer noche despues que usted se fué á recoger! No sé lo que hubiera dado porque hubiese podido oírlo.

DON DIEGO.

¿Y qué? ¿ Hablaba de mí?

DOÑA IRENE.

Y qué bien piensa acerca de lo preferible que es para una criatura de sus años un marido de cierta edad, experimentado, maduro y de conducta.

DON DIEGO.

¡ Calle! ¿ Eso decía?

DOÑA IRENE.

No, esto se lo decía yo, y me escuchaba con una atención como si fuera una mujer de

cuarenta años, lo mismo... ¡ Buenas cosas la dije! Y ella, que tiene mucha penetración, aunque me esté mal el decirlo... ¿ Pues no da lástima, señor, el ver cómo se hacen los matrimonios hoy en el día? Casan á una muchacha de quince años con un arrapiezo de diez y ocho, á una de diez y siete con otro de veinte y dos: ella niña, sin juicio ni experiencia, y el niño también sin asomo de cordura ni conocimiento de lo que es mundo. Pues, señor (que es lo que yo digo), ¿ quién ha de gobernar la casa? ¿ Quién ha de mandar á los criados? ¿ Quién ha de enseñar y corregir á los hijos? Porque sucede también que estos atolondrados de chicos suelen plagarse de criaturas en un instante, que da compasión.

DON DIEGO.

Cierto que es un dolor el ver rodeados de hijos á muchos que carecen del talento, de la experiencia y de la virtud que son necesarias para dirigir su educación.

DOÑA IRENE.

Lo que sé decirle á usted es que aún no había cumplido los diez y nueve cuando me casé de primeras nupcias con mi difunto don Epifanio, que esté en el cielo. Y era un hombre que, mejorando lo presente, no es posible hallarle de más respeto, más caballeroso, y al mismo tiempo más divertido y decididor. Pues para servir á usted, ya tenía los cincuenta y seis, muy largos de talle, cuando se casó conmigo.

DON DIEGO.

Buena edad... No era un niño, pero...

DOÑA IRENE.

Pues á eso voy... Ni á mí podia convenirme en aquel entónces un boquirubio con los cascacos á la jineta... No, señor... Y no es decir tampoco que estuviese achacoso ni quebrantado de salud, nada de eso. Sanito estaba, gracias á Dios, como una manzana ; ni en su vida conoció otro mal, sino una especie de alferecía que le amagaba de cuando en cuando. Pero luégo que nos casamos dió en darle tan á menudo y tan de recio, que á los siete meses me hallé viuda y encinta de una criatura que nació despues, y al cabo y al fin se me murió de alfombrilla.

DON DIEGO.

¡Oiga!... Mire usted si dejó sucesion el bueno de don Epifanio.

DOÑA IRENE.

Sí, señor, ¿ pues por qué no?

DON DIEGO.

Lo digo porque luégo saltan con... Bien que si uno hubiera de hacer caso... ¿ Y fué niño ó niña?

DOÑA IRENE.

Un niño muy hermoso. Como una plata era el angelito.

DON DIEGO.

Cierto que es consuelo tener, así, una criatura, y...

DOÑA IRENE.

¡Ay, señor! Dan malos ratos, pero ¿qué importa? Es mucho gusto, mucho...

DON DIEGO.

Yo lo creo.

DOÑA IRENE.

Sí, señor.

DON DIEGO.

Ya se ve que será una delicia, y...

DOÑA IRENE.

¿Pues no ha de ser?

DON DIEGO.

Un embeleso, el verlos jugar y reir, y acariciarlos, y merecer sus fiestecillas inocentes.

DOÑA IRENE.

¡Hijos de mi vida! Veinte y dos he tenido en los tres matrimonios que llevo hasta ahora, de los cuales sólo esta niña me ha venido á quedar ; pero le aseguro á usted que...

ESCENA V.

SIMON, DOÑA IRENE, DON DIEGO.

SIMON. *(Sale por la puerta del foro.)*

Señor, el mayoral está esperando.

DON DIEGO.

Dile que voy allá... ¡ Ah! Tráeme primero el sombrero y el baston, que quisiera dar una vuelta por el campo. *(Entra Simon al cuarto de don Diego, saca un sombrero y un baston, se los da á su amo, y al fin de la escena se va con él por la puerta del foro.)* ¿ Con que supongo que mañana tempranito saldremos?

DOÑA IRENE.

No hay dificultad. A la hora que á usted le parezca.

DON DIEGO.

A eso de las seis. ¿Eh?

DOÑA IRENE.

Muy bien.

DON DIEGO.

El sol nos da de espaldas... Le diré que venga una media hora antes.

DOÑA IRENE.

Sí, que hay mil chismes que acomodar.

ESCENA VI.

DOÑA IRENE, RITA.

DOÑA IRENE.

¡Válgame Dios! ahora que me acuerdo...
¡Rita!... Me le habrán dejado morir. ¡Rita!

RITA.

Señora.

(Sacará Rita unas sábanas y almohadas debajo del brazo.)

DOÑA IRENE.

¿Qué has hecho del tordo? ¿Le diste de comer?

RITA.

Sí, señora. Más ha comido que un avestruz. Ahí le puse en la ventana del pasillo.

DOÑA IRENE.

¿Hiciste las camas?

RITA.

La de usted ya está. Voy á hacer esotras ántes que anochezca, porque si no, como no hay más alumbrado que el del candil y no tiene garabato, me veo perdida.

DOÑA IRENE.

Y aquella chica ¿qué hace?

RITA.

Está desmenuzando un bizcocho, para dar de cenar á don Periquito.

DOÑA IRENE.

¡Qué pereza tengo de escribir! *(Se levanta y se entra en su cuarto.)* Pero es preciso, que estará con mucho cuidado la pobre Circuncision.

RITA.

¡Qué chapucerías! No há dos horas, como quien dice, que salimos de allá, y ya empiezan á ir y venir correos. ¡Qué poco me gustan á mí las mujeres gazimofias y zalameras! *(Entrase en el cuarto de doña Francisca.)*

ESCENA VII.

CALAMOCHA.

(Sale por la puerta del foro con unas maletas, látigo y botas; lo deja todo sobre la mesa, y se sienta.)

¿Con que ha de ser el número tres? Vaya en gracia... Ya, ya conozco el tal número tres. Coleccion de bichos más abundante, no la tiene el gabinete de historia natural... Miedo

me da de entrar... ¡Ay! ¡ay!... ¡Y qué agujetas! Estas sí que son agujetas... Paciencia, pobre Calamocha, paciencia... Y gracias á que los caballitos dijeron : no podemos más, que si no, por esta vez no veía yo el número tres, ni las plagas de Faraon que tiene dentro... En fin, como los animales amanezcan vivos, no será poco... Reventados están... (*Canta Rita desde adentro. Calamocha se levanta desmereándose.*) ¡Olga!... ¿Seguidillitas?... Y no canta mal... Vaya, aventura tenemos... ¡Ay! ¡qué desvincijado estoy!

ESCENA VIII.

RITA, CALAMOCHA.

RITA.

Mejor es cerrar, no sea que nos alivien de ropa, y... (*Forcejeando para echar la llave.*) Pues cierto que está bien acondicionada la llave.

CALAMOCHA.

¿Gusta usted de que eche una mano, mi vida?

RITA.

Gracias, mi alma.

CALAMOCHA.

¡Calle!... ¡Rita!

RITA.

¡Calamocha!

CALAMOCHA.

¿Qué hallazgo es este?

RITA.

¿Y tu amo?

CALAMOCHA.

Los dos acabamos de llegar.

RITA.

¿De verás?

CALAMOCHA.

No, que es chanza. Apenas recibió la carta de doña Paquita, yo no sé adónde fué, ni con quién habló, ni cómo lo dispuso : sólo sé decirte que aquella tarde salimos de Zaragoza. Hemos venido como dos centellas por ese camino. Llegamos esta mañana á Guadalajara, y á las primeras diligencias nos hallamos con que los pájaros volaron ya. A caballo otra vez, y vuelta á correr y á sudar y á dar chasquidos... En suma, molidos los rocines, y nosotros á medio moler, hemos parado aquí con ánimo de salir mañana... Mi teniente se ha ido al colegio mayor á ver á un amigo, mientras se dispone algo que cenar... Esta es la historia.

RITA.

¿Con que le tenemos aquí?

CALAMOCHA.

Y enamorado más que nunca, celoso, amenazando vidas... Aventurado á quitar el hipo á cuantos le disputen la posesion de su Currita idolatrada.

RITA.

¿Qué dices?

CALAMOCHA.

Ni más ni menos.

RITA.

¡Qué gusto me das!... Ahora sí se conoce que la tiene amor.

CALAMOCHA.

¿Amor? ¡Friolera!... El moro Gazul fué para él un pelele, Medoro un zascandil, y Gaiferos un chiquillo de la doctrina.

RITA.

¡Ay, cuando la señorita lo sepa!

CALAMOCHA.

Pero acabemos. ¿Cómo te hallo aquí? ¿Con quién estás? ¿Cuándo llegaste? que...

RITA.

Yo te lo diré. La madre de doña Paquita dió en escribir cartas y más cartas, diciendo que tenía concertado su casamiento en Madrid con un caballero rico, honrado, bienquisto; en suma, cabal y perfecto, que no había más que apetecer. Acosada la señorita con tales propuestas, y angustiada incesantemente con los sermones de aquella bendita monja, se vió en la necesidad de responder que estaba pronta á todo lo que la mandasen... Pero no te puedo ponderar cuánto lloró la pobrecita, qué afligida estuvo. Ni quería comer, ni podía dormir... Y al mismo tiempo era preciso disimular, para que su tía no sospechára la verdad del caso. Ello es que cuando, pasado el primer susto, hubo lugar de discurrir escapatórias y arbitrios, no hallamos otro que el de avisar á tu amo; esperando que si era su cariño tan verdadero y de buena ley como nos había ponderado, no consentiría que su pobre Paquita pasára á manos de un desconocido, y se perdiesen para siempre tantas caricias, tantas lágrimas y

tantos suspiros estrellados en las tapias del corral. Apenas partió la carta á su destino, cata el coche de colleras y el mayoral Gasparet con sus medias azules, y la madre y el novio que vienen por ella; recogimos á toda prisa nuestros meriñques, se atan los cofres, nos despedimos de aquellas buenas mujeres, y en dos latigazos llegamos ántes de ayer á Alcalá. La detencion ha sido para que la señorita visite á otra tia monja que tiene aquí, tan arrugada y tan sorda como la que dejamos allá. Ya la ha visto, ya la han besado bastante una por una todas las religiosas, y creo que mañana temprano saldremos. Por esta casualidad nos...

CALAMOCHA.

Sí. No digas más... Pero... ¿Con que el novio está en la posada?

RITA.

Ese es su cuarto. (*Señalando el cuarto de don Diego, de doña Irene y el de doña Francisca*) éste el de la madre, y aquél el nuestro.

CALAMOCHA.

¿Cómo nuestro? ¿Tuyo y mio?

RITA.

No por cierto. Aquí dormiremos esta noche la señorita y yo; porque ayer metidas las tres en ese de enfrente, ni cabíamos de pié, ni pudimos dormir un instante, ni respirar siquiera.

CALAMOCHA.

Bier... Adios.

(Recoge los trastos que puso sobre la mesa, en ademán de irse.)

RITA.

¿Y adónde?

CALAMOCHA.

Yo me entiendo... Pero el novio ¿trae consigo criados, amigos ó deudos que le quiten la primera zambullida que le amenaza?

RITA.

Un criado viene con él.

CALAMOCHA.

¡Poca cosa!... Mira, dile en caridad que se disponga, porque está de peligro. Adios.

RITA.

¿Y volverás presto?

CALAMOCHA.

Se supone. Estas cosas piden diligencia; y aunque apenas puedo moverme, es necesario que mi teniente deje la visita y venga á cuidar de su hacienda, disponer el entierro de ese hombre, y... ¿Con que ese es nuestro cuarto, eh?

RITA.

Sí. De la señorita y mio.

CALAMOCHA.

¡Bribona!

RITA.

¡Botarate! Adios.

CALAMOCHA.

Adios, aborrecida.

(Entrase con los trastos al cuarto de don Carlos.)

ESCENA IX.

DOÑA FRANCISCA, RITA.

RITA.

¿Qué malo es!... Pero... ¡Válgame Dios, don Félix aquí!... Sí, la quiere, bien se conoce... (Sale Calamocha del cuarto de don Carlos, y se va por la puerta del foro.) ¡Oh! por más que digan, los hay muy finos; y entónces, ¿qué ha de hacer una?... Quereros: no tiene remedio, quererlos... Pero ¿qué dirá la señorita cuando le vea, que está ciega por él? ¡Pobrecita! ¿Pues no sería una lástima que... Ella es.

DOÑA FRANCISCA, saliendo.

¡Ay, Rita!

RITA.

¿Qué es eso? ¿Ha llorado usted?

DOÑA FRANCISCA.

¿Pues no he de llorar? Si vieras mi madre... Empeñada está en que he de querer mucho á ese hombre... Si ella supiera lo que sabes tú, no me mandaría cosas imposibles... Y que es tan bueno, y que es rico, y que me irá tan bien con él... Se ha enfadado tanto, y me ha llamado picarona, inobediente... ¡Pobre de mí! Porque no miento ni sé fingir, por eso me llaman picarona.

RITA.

Señorita, por Dios, no se aflija usted.

DOÑA FRANCISCA.

Ya, como tú no lo has oído... Y dice que

don Diego se queja de que yo no le digo nada... Harto le digo, y bien he procurado hasta ahora mostrarme contenta delante de él, que no lo estoy por cierto, y reirme y hablar niñerías... Y todo por dar gusto á mi madre, que si no... Pero bien sabe la Virgen que no me sale del corazón.

(Se va oscureciendo lentamente el teatro.)

RITA.

Vaya, vamos, que no hay motivos todavía para tanta angustia... ¿Quién sabe?... ¿No se acuerda usted ya de aquel día de asueto que tuvimos el año pasado en la casa de campo del intendente?

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay! ¿cómo puedo olvidarlo?... Pero ¿qué me vas á contar?

RITA.

Quiero decir, que aquel caballero que vimos allí con aquella cruz verde, tan galán, tan fino..

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué rodeos!... Don Félix. ¿Y qué?

RITA.

Que nos fué acompañando hasta la ciudad...

DOÑA FRANCISCA.

Y bien... Y luego volvió, y le vi, por mi desgracia, muchas veces... mal aconsejada de tí.

RITA.

¿Por qué, señora?... ¿A quién dimos escán-

dalo? Hasta ahora nadie lo ha sospechado en el convento. El no entró jamás por las puertas, y cuando de noche hablaba con usted, mediaba entre los dos una distancia tan grande, que usted la maldijo no pocas veces... Pero esto no es del caso. Lo que voy á decir es que un amante como aquel no es posible que se olvide tan presto de su querida Paquita.. Mire usted que todo cuanto hemos leído á hurtadillas en las novelas, no equivale á lo que hemos visto en él... ¿Se acuerda usted de aquellas tres palmadas que se oían entre once y doce de la noche? ¿De aquella sonora punteada con tanta delicadeza y expresión?

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay, Rita! Si, de todo me acuerdo, y mientras viva conservaré la memoria... Pero está ausente... y entretenido acaso con nuevos amores.

RITA.

Eso no lo puedo yo creer.

DOÑA FRANCISCA.

Es hombre, al fin, y todos ellos...

RITA.

¿Qué hobería! Desengáñese usted, señorita. Con los hombres y las mujeres sucede lo mismo que con los melones de Añober. Hay de todo; la dificultad está en saberlos escoger. El que se lleve chasco en la elección, quejese de su mala suerte, pero que no desacredite la mercancía... Hay hombres muy embusteros, muy picarones; pero no es creíble que lo sea

el que ha dado pruebas tan repetidas de perseverancia y amor. Tres meses duró el terremoto y la conversacion á oscuras, y en todo aquel tiempo, bien sabe usted que no vimos en él una accion descompuesta ni oimos de su boca una palabra indecente ni atrevida.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad. Por eso le quise tanto, por eso le tengo tan fijo aquí... aquí... (*Señalando al pecho.*) ¿Qué habrá dicho al ver la carta?... ¡Oh! Yo bien lo sé que habrá dicho... ¡Válgate Dios! Es lástima... Cierto. ¡Pobre Paquita!... Y se acabó... No habrá dicho más... nada más.

RITA.

No, señora, no ha dicho eso.

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué sabes tú?

RITA.

Bien lo sé. Apénas haya leído la carta, se habrá puesto en camino, y vendrá volando á consolar á su amiga... Pero... (*Acercándose de la puerta del cuarto de doña Irene.*)

DOÑA FRANCISCA.

¿Adónde vas?

RITA.

Quiero ver si...

DOÑA FRANCISCA.

Está escribiendo.

RITA.

¡Pues ya presto habrá de dejarlo, que empieza á anochecer... Señorita, lo que la he di-

cho á usted es la verdad pura. Don Félix está ya en Alcalá.

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué dices? No me engañes.

RITA.

Aquel es su cuarto... Calamocha acaba de hablar conmigo.

DOÑA FRANCISCA.

¿De veras?

RITA.

Sí, señora... Y le ha ido á buscar para...

DOÑA FRANCISCA.

¿Con que me quiere?... ¡Ay, Rita! Mira tú si hicimos bien de avisarle... Pero ¿ves qué fineza?... ¿Si vendrá bueno? ¡Correr tantas leguas sólo por verme... porque yo se lo mandé!... ¡Qué agradecida le debo estar!... ¡Oh! yo le prometo que no se quejará de mí. Para siempre agradecimiento y amor.

RITA.

Voy á traer luces. Procuraré detenerme por allá bajo hasta que vuelvan... Veré lo que dice y qué piensa hacer, porque hallándonos todos aquí, pudiera haber una de Satanas entre la madre, la hija, el novio y el amante; y si no ensayamos bien esta contradanza, nos hemos de perder en ella.

DOÑA FRANCISCA.

Dices bien... Pero no; él tiene resolucion y talento, y sabrá determinar lo más conveniente... ¿Y cómo has de avisarme?... Mira que así que llegue le quiero ver.

RITA.

No hay que dar cuidado. Yo le traeré por acá, y en dándome aquella tosecilla seca... ¿me entiende usted?

DOÑA FRANCISCA.

Sí, bien.

RITA.

Pues entonces no hay más que salir con cualquiera excusa. Yo me quedaré con la señora mayor, la hablaré de todos sus maridos y de sus conuados, y del obispo que murió en el mar... Además, que si está allí don Diego...

DOÑA FRANCISCA.

Bien, anda; y así que llegue...

RITA.

Al instante.

DOÑA FRANCISCA.

Que no se te olvide toser.

RITA.

No haya miedo.

DOÑA FRANCISCA.

¡Si vieras qué consolada estoy!

RITA.

Sin que usted lo jure, lo creo.

DOÑA FRANCISCA.

¿Te acuerdas cuando me decía que era imposible apartarme de su memoria, que no habría peligros que le detuvieran ni dificultades que no atropellára por mí?

RITA.

Sí; bien me acuerdo.

DOÑA FRANCISCA.

¡Ah!... Pues mira cómo me dijo la verdad.

(Doña Francisca se va al cuarto de doña Irene; Rita por la puerta del foro.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

(Teatro oscuro.)

DOÑA FRANCISCA.

Nadie parece aún... *(Acércase á la puerta del foro, y vuelve.)* ¡Qué impaciencia tengo!... Y dice mi madre que soy una simple, que sólo pienso en jugar y reir, y que no sé lo que es amor... Sí, diez y siete años, y no cumplidos; pero ya sé lo que es querer bien, y la inquietud y las lágrimas que cuesta.

ESCENA II.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE.

Sola y á oscuras me habeis dejado allí.